

Platón, el lenguaje y el marciano

JUAN JOSÉ ACERO

(Universidad de Granada)

El lenguaje y los problemas del conocimiento, por Noam Chomsky. Madrid: Visor Distribuciones, S. A. (colección «Visor Lingüística y Conocimiento, 2»), 161 págs., 1989. ISBN: 84-7774-852-7.

El presente volumen contiene versiones más o menos ampliadas de una parte de las conferencias que Chomsky dictó en Managua, en la Universidad Centroamericana de Nicaragua, en 1986. El resto de esas mismas conferencias se recogen en un volumen diferente, el número tres de la misma colección, con el título de *Sobre el poder y la ideología*. Ambos volúmenes se conocen, genéricamente hablando, como las *Conferencias de Managua*. La versión inglesa de estas conferencias se publicó en 1988. En lo que sigue, no me referiré para nada al segundo volumen de estas conferencias, de forma que mi información y mis observaciones tendrán únicamente en cuenta el primero de ellos (*LPC*, en lo sucesivo).

LPC está formado por cinco conferencias que, respectivamente, sitúan el marco de discusión posterior (la primera), tratan sobre el programa de investigación de la lingüística moderna (la segunda), exponen los más sobresalientes principios de la estructura del lenguaje (la tercera y la cuarta) y apuntan algunas perspectivas en el estudio de la mente humana (la quinta y última). Además, el volumen incluye más de veinte páginas (de la 139 a la 160) de preguntas de los asistentes a las conferencias de Managua y de las consiguientes respuestas de Chomsky. Puesto que el texto de las conferencias es particularmente claro casi siempre —desde luego, es mucho más legible que sus recientes *Knowledge of Language* [= *KL*] (1986)— y puesto que un buen número de las preguntas que acompañan a ese texto son de la clase que haría alguien no versado ni en el proyecto gramatical chomskiano ni en su filosofía innatista, *LPC* es seguramente *ahora* la obra más apropiada para introducir al lector o al estudiante en estos temas. Añádase a esto que la traducción castellana es muy correcta y tendramos que concluir entonces que estamos ante una obra muy recomendable. El único reproche que hay que hacerle —único, pero importante— hay que dirigírselo a los editores de la versión castellana. Estos en la ocasión presente, otros en ocasiones precedentes, no parecen acabar de entender que el producto que ponen en el mercado puede tener otros usos que una mera lectura ocasional: que ha de poder consultarse de forma ágil en busca de uno u otro tema específico. Si así lo entendieran, no seguirían la deleznable costumbre de suprimir —o de permitir que los traductores no adapten— los índices de conceptos, con sus referencias a las páginas correspondientes. Readaptar esos índices lleva tiempo y cuesta dinero, pero incrementan la utilidad de la obra.

Otras dos razones hacen de *LPC* una obra de gran interés. En primer lugar, hay que tener en cuenta los profundos cambios que se han producido en la teoría gramatical misma, cambios que han causado que otros libros del mismo autor, disponibles para el lector de lengua castellana, como *El lenguaje y el entendimiento* (Barcelona: Seix Barral, 1977, 2.ª edición ampliada; *Reflexiones sobre el lenguaje*, [= *RL*] Barcelona: Ariel 1979; *Reglas y representaciones* [= *RR*], México: F.C.E., 1983) se hayan quedado en ma-

yor o menor medida obsoletos. Las conferencias tercera y cuarta de *LPC* resultan especialmente importantes a este respecto: en ellas se exponen los aspectos más fundamentales de la nueva concepción (o modelo) modular de la teoría gramatical que Chomsky y sus asociados comenzaron a elaborar en los últimos años de la década pasada y que cristalizó en 1981 (en Pisa) en sus *Lectures on Government and Binding*. La teoría de la X-barra, el principio de proyección, la existencia y naturaleza de categorías vacías, la teoría de la ligadura (o ligamento), la teoría del caso, la teoría- Θ (de las funciones temáticas), la regla de movimiento de constituyentes, etc., así como la organización de los diferentes niveles de representación, se exponen, ilustran o aplican, según el caso, poniendo de manifiesto dos cosas: (i) que la teoría, globalmente considerada, es más simple (al menos, en el sentido de que consta de un número mucho menor de principios); y (ii) que las explicaciones que ofrece de los distintos aspectos de la competencia lingüística del usuario del lenguaje son, como contrapartida, mucho más complejas. En esta misma medida, ante los análisis concretos que Chomsky ofrece uno tiene la sensación de que dejan poco espacio a hipótesis *ad hoc*. Ciertamente, *LPC* no alcanza la profundidad expositiva y analítica que tiene *KL* pero los que no son especialistas podrán obtener mucho provecho de esa obra.

En segundo lugar, dada la audiencia a la que fueron dirigidas estas conferencias, la casi totalidad de los ejemplos discutidos y de los fenómenos empíricos analizados son ejemplos o fenómenos de la lengua castellana. Y esto es algo que tiene que destacarse. El lector va a encontrar aquí principios que arrojan luz sobre aspectos de su propia competencia lingüística y podrá ocasionalmente juzgar la fuerza de los argumentos chomskianos sin tener que apelar a los incómodos recursos de pseudo-traducciones — a menudo casi jeroglíficas, si van acompañadas de indicaciones de estructura sintáctica— de ejemplos de lenguas que posiblemente no entiende. Además, debe valorarse mucho que Chomsky se ocupe de fenómenos específicos del castellano, como los mecanismos que caracterizan a los pronombres clíticos o a las oraciones finitas (oraciones de infinitivo subordinadas) en construcciones causativas. Esto permite al lector comprender cabalmente una de las ideas más importantes de la nueva orientación de la teoría gramatical: a saber, que «los principios de la gramática universal tienen ciertos *parámetros* que pueden ser fijados por la experiencia de una u otra manera» (*LPC*, 57). Es decir, que los hechos que el gramático busca explicar —la competencia lingüística del hablante-oyente— no derivan tan solo de la forma en que opera la facultad del lenguaje. Derivan del estado inicial de esa facultad, antes de que el usuario tenga alguna experiencia lingüística —es decir, de la gramática universal— y también de cuáles sean los datos que proporcione esa experiencia. Pues, y ésta es una idea introducida en esta década, ese estado inicial puede dejar abiertas diferentes opciones: así surge la idea del parámetro del sujeto nulo, parámetro que adquiere diferentes valores en español y en inglés, por ejemplo; o el parámetro de si el clítico «se» se incorpora o no al verbo principal, como muestra la alternativa «Juan hizo afeitarse»/«Juan se hizo afeitarse», opciones permitidas en diferentes dialectos hispanos.

Al igual que en otros escritos de estos últimos años —fundamentalmente *KL*—, también aquí el marco de la discusión de Chomsky lo constituye una forma particular del llamado *problema de Platón*, es decir, la cuestión de cómo es que los seres humanos son capaces de conocer tanto del mundo, pese a que sus contactos con él son subjetivos, breves y parciales. Esa forma particular tiene que ver con nuestro conocimiento del lenguaje: Qué explica que nuestro conocimiento del lenguaje sea tan creativo, independiente del estímulo, seguro y apropiado a las situaciones, cuando hemos logrado ese conocimiento a través de una experiencia fragmentaria de datos lingüísticos apenas fiables. La respuesta de Chomsky es bien conocida. El problema de Platón se re-

suelve partiendo de dos hipótesis: (i) que existe una facultad de lenguaje innata la cual se caracteriza por poseer ciertas propiedades parametrizadas, y (ii) que el entorno lingüístico en el que se encuentra el hablante oyente que aprende la lengua asigna un valor a cada uno de esos parámetros. La imagen resultante es la de «una red compleja e intrincada dotada de un conmutador consistente en una serie de interruptores que pueden estar en una de dos posiciones. A menos que los interruptores están colocados en una de ellas, el sistema no funciona. Cuando están colocados en una de las formas permitidas, entonces el sistema funciona de acuerdo con su naturaleza, pero de manera distinta, dependiendo de cómo están colocados los interruptores. La red constante es el sistema de principios de la gramática universal: los interruptores son los parámetros que serán fijados por la experiencia» (*LPC*, 57 y s.). El aprendizaje de una lengua se limita entonces, según esta analogía, a poner cada interruptor en una u otra posición. Al final del proceso, de la acción conjunta de la facultad del lenguaje y la asignación de un valor a cada parámetro, resulta un *sistema cognitivo*. Su posesión por el hablante oyente es lo que da cuenta de su conocimiento del lenguaje a una edad relativamente temprana.

Tomando como punto de partida la posesión de este sistema cognitivo, en *LPC* (al igual que *KL*) Chomsky se plantea cuatro preguntas: (i) cuál es ese sistema cognitivo, (ii) cómo surge, (iii) cómo se emplea tanto en la comprensión del lenguaje como en su uso, y (iv) cuáles son los mecanismos físicos «que [le] sirven de base». De estas cuatro preguntas, (i) es el objeto de las conferencias tercera y cuarta («Principios de la estructura del lenguaje (I & II)»; (ii) se aborda en las dos primeras conferencias («Marco de discusión» y «El problema de investigación de la lingüística moderna»), tanto desde la perspectiva del problema de Platón mismo como desde la óptica del objeto de la investigación gramatical. Finalmente, de (iii) se ocupa parcialmente la conferencia final («De cara al futuro: Perspectivas para el estudio de la mente»). Parcialmente, porque Chomsky sostiene que las dos cuestiones involucradas aquí —la de la comprensión (o percepción) y la de la producción— permiten pronósticos muy desiguales. Los visos de progreso a propósito de la primera son sólidos. Todo avance de la teoría gramatical es también un paso adelante en el proceso de saber cuándo el usuario asigna una (o más de una) interpretación semántica a una preferencia lingüística. Sin embargo, el problema del uso creativo del lenguaje (que Chomsky denomina *el problema de Descartes*) presenta un cariz muy distinto. Tanto que Chomsky sostiene que cabe que «el problema escape a nuestra capacidad de aprehensión intelectual» (*LPC*, 119). Al igual que pensaba Descartes, también Chomsky juzga que la mente humana no es un instrumento universal. Y se felicita por ello. Por que no lo es es por lo que se ha mostrado especialmente dotada para permitir a la especie superar obstáculos muy específicos.

¿Qué decir de (iv)? Nada. Esta es para Chomsky una tarea del futuro. Sin embargo, la aceptación misma de la cuestión sugiere el compromiso de Chomsky con el materialismo. Lo apoya también su frecuente referencia a la «mente/cerebro» del usuario del lenguaje. Y lo remacha, a mi juicio, su afirmación de que «[c]uando hablamos de la mente, hablamos, a cierto nivel de abstracción, de mecanismos físicos del cerebro aún desconocidos» (*LPC*, 16). Y también su fe explícita en que las entidades que se postula al adoptar ese nivel de abstracción representaciones y los cálculos que los modifican (cf. *LPC*, 76 y s.) «pueden explicarse en términos de propiedades del cerebro» (*LPC*, 17). Aun siendo esto así, entiendo que la actitud natural de un materialista consiste no tanto en abrazar automáticamente el credo chomskiano cuanto en quedar a la expectativa de que esa explicación se logre finalmente. En efecto, al operar con la convicción de que los gramáticos escogen un nivel de descripción abstracto y autónomo, se corre el riesgo de no poder reconstruir el vínculo entre las representaciones gra-

maticales y los mecanismos cerebrales por haber elegido un nivel de abstracción equivocado. Naturalmente, esto que apunto no es una objeción definitiva (y puede que ni siquiera sea una objeción). Es simplemente la observación de que si nos contentamos con decir que la lingüística trabaja a un cierto nivel de abstracción, y que es legítimo obrar de esta guisa porque con ello damos cuenta de un elevado número de hechos, la respuesta natural del materialista será la de poner en duda el estatuto de hechos de esos (presuntos) hechos. El largo debate sobre el innatismo que Chomsky propugna y sobre los objetivos que propone para la teoría lingüística demuestran que la elección de un nivel de descripción abstracto es una medida que no se verá con sospecha sólo cuando se sepa cómo conectar esa descripción a otras menos abstractas. Puesto que Chomsky no acepta esta exigencia —véase, por ejemplo, *RR*, 200—, tenemos aquí un punto en el que el acuerdo parece imposible de lograr.

La expectativa es, además, tanto más recomendable cuanto mayor es la insistencia de Chomsky en que la facultad del lenguaje es algo exclusivo de la especie humana «como parte de [su] herencia biológica» (*LPC*, 30). Podemos aceptar que esto sea así, pero entonces resulta sumamente natural admitir que ha de haber algún tipo de vínculo, por parcial que pueda ser, entre las propiedades de esa facultad de la mente/cerebro del ser humano y propiedades de la mente/cerebro de otras especies animales. A mi me parece probado que algunos antropoides superiores son capaces de usar sistemas lingüísticos de los que es legítimo sostener que son al mismo tiempo productivos e independientes del estímulo¹. También los monos superiores tienen herencia biológica, y la nuestra ha evolucionado a partir de la de algunos de ellos. Eso nos hace esperar que, por mucho que las diferencias puedan ser enormes, los hechos se rijan aquí por una pauta gradual. La continuidad en la filogenia es un principio materialista con el que, sin embargo, Chomsky choca frontalmente cuando extrapola al ámbito del lenguaje la vieja tesis cartesiana de que no existe «mente animal»: «Una criatura o es humana o no lo es» (*LPC*, 113).

El materialismo de Chomsky, así pues, no está libre de tensiones. El busca una vía que compagine materialismo e innatismo de la facultad del lenguaje. De los argumentos que se aducen en contra de esto² —que el aprendizaje de la lengua no es el ejercicio de una facultad separada, que la organización de la corteza cerebral del recién nacido es muy pobre y que el desarrollo de sus facultades es gradual— sólo el primero no puede ser encajado en los esquemas chomskianos. No es en absoluto una cuestión trivial la de si la facultad de la mente es sólo un ingrediente de un sistema modular, y la elección de un nivel de descripción abstracto tiene seguramente que ver mucho con ello. A cambio, los argumentos del propio Chomsky siguen afilándose. En *LPC*, 26-28, 30 —y antes en *KL*, págs. 11 y s., 32 y 78— Chomsky desarrolla un argumento que yo juzgo del todo contundente contra la idea de que el aprendizaje del lenguaje se basa en la aplicación de mecanismos de aprendizaje general y, de forma especial, mecanismos que explotan analogías entre datos lingüísticos experimentados y otros inéditos. El argumento se limita a señalar que la analogía existe y se aplica en la medida en que el hablante oyente es capaz de «percibir» en los datos de su experiencia lingüística una estructura sintáctico-semántica muy, pero que muy abstracta y peculiar. Pero esto es apelar al sistema cognitivo que resulta de la interacción de la gramática universal y los datos lingüísticos primarios. Así que si vale la apelación a la analogía hay que

1. El lector puede consultar para ello los trabajos recopilados por V. SÁNCHEZ DE ZAVALA en *Sobre el lenguaje de los antropoides*, Madrid: Siglo XXI, 1976).

2. Por ejemplo, en M. BUNGUE: *Lingüística y filosofía*, Barcelona: Ariel, 1983, cap. 6.

aceptar la existencia de ese sistema cognitivo. Y entonces ya no puede soslayarse la cuestión de cuál es su origen. En todo esto, Chomsky pisa terreno seguro.

El argumento, como puede apreciarse, apela a la más fuerte de las razones que ha señalado Chomsky en favor de su credo: el Argumento de la Dependencia Estructural [= ADE]. ADE fue una novedad introducida en *RL* (cap. 1), al que se recurrió en *RR* (cap. 5). Desde *KL*, ADE es el argumento por excelencia. (Si este argumento se rebate, todo lo demás cae por su peso). El argumento, que presta un fuerte apoyo a la idea de la pobreza de los estímulos lingüísticos, consiste (i) en señalar la existencia de construcciones lingüísticas altamente complejas en cuya interpretación y uso los niños no cometen errores; y (ii) en poner de manifiesto que esos errores serían de esperar por existir en la misma lengua construcciones aparentemente similares en las que el aprendiz podría basarse para progresar en la adquisición de su lengua. Esos errores no se producen porque el sistema cognitivo que guía la conducta lingüística del usuario tiene en cuenta la estructura de semejantes construcciones. El lingüista chomskiano es como un marciano que se sorprende ante el hecho de que el aprendiz de la lengua no sigue principios sencillos, sino complejas reglas dependientes de la estructura —pese a lo cual no se equivoca— y que se pregunta por qué extraña razón eso es así. Al propugnar que las reglas contempladas en la gramática universal, es decir, las reglas consideradas en el estado inicial de la facultad innata del lenguaje, son dependientes de la estructura, las peculiaridades de la conducta lingüística del aprendiz del lenguaje comienzan a encontrar una explicación. ADE es, por lo tanto, el mejor —y posiblemente el único— argumento a favor de la tesis innatistas de Chomsky. Otras consideraciones, de simplicidad o de sistematicidad, simplemente ceden terreno ante la idea de que el objetivo de la teoría gramatical es el de «descubrir la naturaleza de... los datos, la facultad del lenguaje, la lengua y las expresiones estructuradas determinadas por la lengua» (*LPC*, 56).

Aunque casi todos los casos de análisis gramatical examinados por Chomsky son convincentes de principio a fin, hay alguno que no me lo parece tanto. Así, Chomsky entiende que (61) (i) es aceptable, mientras que (61) (ii) no tiene interpretación:

- (61) (i) Juan les pidió a los compañeros que [estuvieran callados]
 (61) (ii) Juan les pidió a los compañeros [estar callados]

El argumento (*LPC*, 100-104) apela a la existencia de una categoría vacía singular, *PRO*, que debería ser sujeto de la subordinada de (61) (ii), pero que no puede serlo porque entonces *callados* no podría modificarla, por ser plural. Mi objeción a esto es que el mismo argumento, debería excluir la aceptabilidad de «Juan les ordenó estar callados» o de «Juan les ordenó estarse callados». Pero si así lo hiciera, algo andaría mal en el análisis, porque estas dos oraciones son manifiestamente aceptables. Mi intuición (y la de otros hablantes) acerca de (61) (ii) dista de ser clara.

No tan convincente, sin embargo, es Chomsky cuando propone otros contenidos innatos que los que apelan a ADE. *LPC* es novedoso a este respecto, incluso comparado con *KL*. Chomsky parece haber recorrido en los últimos años el camino que ha conducido a Fodor a defender que o todos nuestros conceptos son, uno por uno, innatos o bien que lo son otros a partir de los cuales algunos de aquellos pueden ser definidos o introducidos. Chomsky sostiene aquí que el problema del aprendizaje del léxico de una lengua «parece consistir en dar con las etiquetas empleadas para los conceptos pre-existentes» (*LPC*, 108). Y que «la adquisición del vocabulario está guiada por un sistema conceptual rico e invariable, anterior a cualquier experiencia» (*LPC*, 34 y s.). Conceptos como los de objeto y persona, acción, agente, meta o intención son ejemplos de conceptos innatos (*LPC*, 33). Mi punto de vista sobre todo esto es que Chomsky

ha dado razones para que no pasar por alto el carácter innato de principios como el de proyección o los que configuran la teoría de la X-barra, principios que intervienen en la determinación de la *estructura* del sistema conceptual (o léxico). Todos esos argumentos son variaciones de ADE. Pero yo no veo que en *LPC* Chomsky ofrezca argumento alguno para que pensemos que el relleno de una parte de esa estructura también sea innato. Y la afirmación es demasiado importante como para aceptarla sin más.